CARTA SOBRE EL SENTIDO DE MI VIDA QUE ESCRIBO A HERNANDO VALENCIA

Lo primero fué el sueño. Estaba hecho
con albas demoradas y fugaces
navíos pilotados por palomas.
Mas qué lejana la belleza. Sólo
encuentro el tiempo: largos días,
una pared hondísima y oscura,
un corazón cubriéndose de musgo.

Luego fué la alegría. Vino andando
sobre esperas larguísimas, escombros,
agrias heridas, soledad, engaños.
Qué lejana belleza. ¿Qué es la vida?:
un hombre, otro hombre, otro hombre,
patrias del corazón y de los sueños
cansados, demolidos, asfixiados.

Vino luego el hastío. A su llegada
traía un vaso en la mano desprendida,
una feliz canción, un hierro seco.
Mas qué lejana la belleza. Porque
no existe la belleza. Solamente
la barca de nocturnas embestidas,
la luz gastada en ver lo pasajero.

Llegó entonces el alba. Una lanzada
fugitiva y violenta, un martillazo
dado con fuerza sobre nuestros ojos.
La belleza no existe. Alucinante
mentira repetida hasta el sarcasmo
en palabras lejanas que no hieren
con su dedo de piedra nuestra carne.

La belleza, por fin. Mas qué lejana
la belleza. No existe para mi alma,
para mi ser que clama ante su puerta.
La belleza no existe. Nave clara
que no verán mis ojos, ni mis manos
hallarán como báculo lejano
que ofrece su firmeza indestructible,
meta donde la vida no conduce.

Sólo existe que toco la belleza,
pero que nunca encuentro más que nada.
Todo es un gran fracaso hacia ese mar
que la belleza llena con su aliento.
Todo es un gran fracaso, pero encierra
la palabra precisa, cuchillada
para mi corazón perdido y lento.

Lejana la belleza, aunque de su agua,
de su nada terrible, nace el sueño,
la alegría, el hastío, el alba, todo.
He intentado afirmar que todo es vida,
y noche, y soledad, y escribir negro
sobre una pared limpia, blanca y pura.

Estoy solo en la orilla de un misterio.

MARCELO ARROITA-JÁUREGUI